

VIII.

El capitán Martínez seguía al misterioso fantasma lleno de ansiedad: si la linterna se hubiera vuelto hacia Pablo Martínez, se hubiera contemplado aquella fisonomía siniestra, aquella mirada torva, y unos labios trémulos y convulsos por el coraje y la emoción.

Atravesaron los desmantelados corredores, multitud de departamentos derruidos; bajaron por una escalera húmeda y llena de yerba y penetraron en un patio estrecho.

El fantasma se detuvo.

Hemos llegado? preguntó Martínez.

—Sí, dijo el fantasma, amartilla tu pistola.

El capitán amartilló su revólver.

—Toma la linterna!

El capitán la tomó y dirigió el foco de luz al rostro de su misterioso interlocutor.

Nada pudo ver más que una careta negra y dos ojos centellantes tras del antifaz impenetrable.

—En aquel ángulo, dijo el fantasma, cerca del brocal del pozo, separa la yerba y encontrarás una argolla de hierro: no tires de ella, por el contrario, oprímela con fuerza, y cediendo el resorte te dará paso á una escalera: en el fondo está un aposento, allí es la tumba de tu infeliz madre y allí encontrarás al miserable seductor.

IX

El audaz guerrillero se dirigió al sitio indicado, separó los matorrales procurando no meter ruido alguno, encontró la argolla y la oprimió con la culata de la pistola.

El resorte levantó pausadamente la losa y el capitán se precipitó con violencia por aquellos escalones, en medio de la más densa obscuridad.

Reinaba en el aposento un silencio profundo y aterrador.

En el fondo estaba una mujer encadenada; dormía en uno de los rincones. En su faz demacrada se revelaban sus hondos sufrimientos, su cabello comenzaba á encanecerse, su boca entreabierta y sus ojos amortiguados indicaban que dormía profundamente.

En el otro extremo del aposento había una cama y en ella un hombre, que también estaba dominado por el sueño.

Aquello era el asilo del crimen y del infortunio.

Acercóse el guerrillero con la linterna y alumbró al que ya-
cía tendido en el lecho.

—¡El es! exclamó el capitán, el mismo cuya fisonomía no he olvidado un solo instante! ¡Despierta! le dijo sacudiendo aquel cuerpo raquítico.

Despertóse el viejo, quiso poner la mano á una pistola; pero ya era tarde, Martínez lo tenía asido por la garganta.

—¡Perdón! decía acobardado, ¡perdón!

—Entrégame á mi madre, miserable, ó te levanto la tapa de los sesos!

—¡Allí está! allí está! y señaló el oscuro rincón del aposento.

Al ruido despertó la mujer y al incorporarse crugieron las cadenas.

—¡Madre! exclamó el capitán con voz ahogada, y se precipitó en los brazos de aquella infeliz que no podía pronunciar una palabra.

—¡Pablo! dijo después de haber derramado un torrente de lágrimas, ¡hijo mío!.....yo me siento morir!

El rudo guerrillero lloraba como un niño.

Se arrodilló delante de su madre y le abrazó las rodillas.

—Perdóname, le decía; yo no soy buen hijo, te he dejado en manos de ese hombre en una agonía prolongada ¡perdóname!

—¿Y mi hija? preguntó la desgraciada.

—Vive; pero no sé de ella, madre.

—¡Quítame por compasión estas cadenas!

—¡Encadenada, Dios mío! ¡y ese hombre vive!

El viejo subió violentamente por la escalera, tocó el resorte, pero la losa no se levantó.

—¡Alguien está arriba, dijo con desesperación, estoy perdido.

El guerrillero desató las ligaduras y tomando del brazo á su pobre madre, dió una señal y la losa se levantó.

—Salga usted, le dijo á la anciana, y tú, le dijo al fantasma, llámame al teniente Quiñones y ven con él.

La vieja, acompañada del fantasma, se dirigió á una sala donde había algunas sillas empolvadas, y allí se sentó á esperar al capitán Martínez.

X

Quiñones dormía profundamente cuando la mano del fantasma lo despertó.

—¡Dios mío, los duendes! exclamó el teniente y se sintió desfallecer.

—¡Sígueme!

Quiñones, movido por una fuerza irresistible; siguió temblando al fantasma, hasta llegar al aposento donde lo esperaba el guerrillero.

Martínez se paseaba tranquilo por la estancia. El viejo temblaba como un azogado.

El fantasma, Quiñones y el capitán tomaron asiento junto á una mesa.

El fantasma encendió una bujía, cuya luz siniestra alumbraba aquellos cuatro personajes de una manera fatídica.

¡Algo terrible iba á pasar allí!

—Andrés Velarde, dijo con acento sombrío el guerrillero, has arrebatado á una mujer de su hogar por medio del engaño.

—Es cierto, contestó con voz apagada el anciano.

—Al crimen de rapto has añadido el crimen horrible de acusar á un inocente de asesinato.

—¡Compasión!

—Hay un hombre que ha arrastrado durante nueve años la cadena del presidario.

—Sí, es verdad; pero me arrepiento.

—La honra y la vida se han consumido en las prisiones.

—¡Compadecedme!

—¿Qué has hecho del fruto sacrílego de tu unión reprobada?

—¡Soy un criminal!

—¡Te has manchado con la sangre de tus hijos, con tu propia sangre.

El viejo cayó de rodillas.

—Vas á morir, como nadie ha muerto hasta ahora.

—¡Piedad! ¡piedad! yo me arrepiento.

Quiñones se creía presa de una pesadilla.

El fantasma permanecía mudo y silencioso como la imagen de la fatalidad.

—No, prosiguió el guerrillero, para tí no hay expiación posible en la tierra. Dios no vendrá á buscarte en el asilo del crimen y de la miseria.

El viejo estaba aterrado.

—¿Qué se ha hecho de tu cómplice?

—No lo he vuelto á ver.

—Ha muerto ayer á puñaladas por orden tuya, dijo el fantasma.

—¡Es verdad!.....es verdad! el cielo se conjura contra mí! Yo sé que debo morir; pero quiero arrepentirme, ¡quiero un sacerdote!.....Pablo, continuó, tú no derramarás la sangre de este viejo infeliz, no te mancharás con un crimen, tú que

sabes pelear en el campo de batalla y nunca has asesinado á nadie!

—No, nunca he asesinado á nadie, es verdad, ni tu sangre manchará mis manos.

—Ha llegado á tus puertas la justicia de Dios.

XI

Mientras pasaba esta escena, un hombre había llamado al cura del pueblo pidiendo un sacerdote para una confesión.

El cura había seguido al individuo que lo solicitaba, pero al verlo dirigirse á la casa de los Duendes, se había sobrecogido de espanto.

—Seguidme, le dijo el hombre, y le puso al pecho una pistola.

El desgraciado sacerdote, fué más bien arrastrado á aquella misteriosa casa, que por su voluntad, sin comprender que iba á asistir á un drama terrible.

XII.

—Dios es justo, continuó el guerrillero, y te castiga. La justicia divina quiere que el mundo no conozca estos crímenes ni estos castigos.....

Morirás en el silencio de este subterráneo, entregado á la desesperación ó al arrepentimiento.....Sí, Andrés Velarde, ya estás dentro de la tumba, de aquí á la eternidad hay un solo paso.

—¡Sepultado en vida! ¡exclamó el desgraciado, esto es horroroso! no, tú no serás tan cruel.....entregame á mis jueces, quiero subir al cadalso....., tú no sabes que morir en las tinieblas es entrar al sepulcro con las palpitaciones de la vida.....prefiero morir en tus manos, mátame, por compasión!

—No, tú debes apurar una á una las gotas amargas del sufrimiento.....derramar lágrima por lágrima, todo el llanto de tu existencia en medio de la memoria sangrienta de tus hijos asesinados.

—¡Pero este hombre es el demonio!

—El guerrillero hizo una seña de inteligencia al fantasma, éste tocó el resorte y la losa se abrió.

El sacerdote descendió por la escalera y se encontró frente á aquel cuadro sombrío.

—No temáis, padre, dijo el guerrillero; confesad á ese hombre que vá á morir.

Martínez, Quiñones y el fantasma los dejaron solos.

Quiñones no se atrevía á pronunciar una palabra.

El fantasma no pronunciaba una sola sílaba, sólo se oía la agitación angustiada de su pecho.

XIII.

Pasó media hora, cuando los tres personajes vieron salir al sacerdote, que con la cabeza inclinada atravesaba los corredores murmurando con voz entrecortada: "¡El dedo de Dios! ¡La justicia divina!"

El guerrillero y el fantasma rompieron el muelle de la losa, mientras el desgraciado Velarde clamaba misericordia.

Volvieron á adaptar perfectamente la cerradura y quedó como la piedra de una tumba.

Arrojaron yerba y algunos trozos de ruinas, y se alejaron para siempre de aquel siniestro lugar.

El fantasma había desaparecido.

XIV.

El día comenzaba á clarear, cuando el capitán, su anciana madre y Quiñones llegaban á una casita de las orillas del pueblo.

—Aquí es, dijo el capitán, y llamó fuertemente á la puerta.

Un muchachito indígena salió á ver qué se ofrecía.

—¿La niña Guadalupe? preguntó el guerrillero.

—Va á salir á la iglesia, respondió el criado.

La campana daba el toque del alba.

—Entremos, dijo Martínez, y penetró con la anciana en el aposento de la joven, que dió un grito de sorpresa.

—¿Qué quieren ustedes? preguntó asustada.

—¡Guadalupe, hermana mía!

—¡Pablo! exclamó la joven arrojándose al cuello del capitán, y comenzó á llorar lastimosamente.

—Tú sabes, dijo, que hace tiempo hemos perdido á nuestro padre.

—¡Rayo de Dios! gritó el guerrillero, la felicidad huye á grandes pasos delante de mí.

—Yo quedo sola en el mundo, enteramente sola; porque tú has olvidado á tu infeliz hermana.

El capitán no la oía; con la frente torva, los ojos anegados en llanto, tributaba una ofrenda dolorosa á su anciano padre muerto en el presidio.

La madre del guerrillero se había desmayado á la vista de su hija.

—¿Mira, le dijo el capitán, no conoces á esa infeliz que yace desmayada en el suelo?

—¡Dios mío! sí.....es ella!.....yo no la he olvidado un sólo instante, ¡madre! ¡madre del alma! y se precipitó sobre aquel cuerpo aletargado, y cubrió de besos aquella frente donde se veían las marcas indelebles del sufrimiento.

Quiñones se salió á la calle, no queriendo presenciar más una escena que lo conmovía profundamente.

El capitán y la joven llevaron á un lecho á la pobre mujer, que no pudiendo resistir tanta conmoción, había perdido el sentido.

XV.

El capitán Martínez se dirigió al alojamiento del general Pueblita, habló con él una hora larga y salió para concertar su viaje con el teniente Quiñones, su amigo inseparable.

—No somos conocidos de los franceses, decía el capitán, y podemos pasar por comerciantes.

—A menos que alguien nos ponga la vista, y conociéndonos, váyamos á la Corte Marcial.

—Si tiene usted temor, yo iré solo.

—Capitán Martínez, yo no tolero estas palabras, usted me ha visto batir cien ocasiones, y.....

—Vamos, no sea usted loco, he hablado sin reflexionar.

—Yo no tengo más miedo que el de ver á usted en manos de los *gabachos*, sin haber peleado antes, ¡demonio! caer prisionero sin combatir, sería una suerte endiablada.

—No hay que pensar más en ello. Saldremos dentro de dos horas.

—¿Y qué rumbo llevamos?

—El de la Tierra Caliente. Tengo una tía en Cuernavaca, donde pienso llevar á mi madre y á mi hermana durante esta maldita guerra que no sabemos cuánto durará. Así podremos pelear libremente.

—Capitán, es necesario pelear para olvidar lo que ha pasado de anoche acá.

Sí, es horrible, respondió el capitán tristemente.

—¡Diablo! y pensar que mi hermana está más linda que un sol y hay tanto majadero!

—Se verá rodeada de peligros, pero no importa: la señorita me parece que no es una plaza que se pueda tomar con facilidad.

—Como se le antoje amar á algún amigo mío no hay remedio; pero si alguien intentase á su honor, ya tendría que habérselas muy serias conmigo.

—Ya lo creo, y conmigo, que me declaro desde hoy hermano de Guadalupe.

—¡La mano, teniente Quiñones!

Y aquel valiente soldado estrechó la mano encalecida de un amigo.

XVI.

A las dos de la tarde de ese día, salieron cuatro viajeros del pueblo de Ario, dirigiéndose al Sur de México por el camino real, llevando una mula cargada de efectos de lencería,

—Me ha dado en el corazón, decía Martínez, que no vuelva á ver á mi general Pueblita: es muy valiente para que viva mucho tiempo.

—Estos malditos franceses matan más que el cólera-morbo.

—También caen como espigas cuando nos *emparejamos*.

—¿Y no ha recibido usted noticia del coronel Fernández?

—Está con mi General Arteaga, peleando que da miedo.

—El general es muy desgraciado, se bate como un león, pero siempre lo derrotan.

—No hay dos patriotas como él. En Calamanda le he visto batirse personalmente con la caballería de los *mochos*; su pistola lo salvó de la muerte.

—Dicen que el coronel Salazar anda en la expedición.

—¡Qué franco es mi coronel! metido en sus botas federicas y con un paletó que parece tienda de campaña.

—¡Demonio! nuestras plazas principales están ocupadas por el enemigo, no nos queda ya más que la insurrección. ¿Y el señor presidente?

—¡Demonio! Don Benito tiene siete vidas como los gatos: en Guadalupe ya lo iban á fusilar, y se escapó por milagro: ahora le dispararon los soldados de Quiroga, y nada, amigo!

—El presidente les ha de dar una pesadumbre á los franceses.

—La suerte se encargó de vengarlos: en ese asunto de Gua-

dalajara, á los pocos días fusilaban á los que lo habían traicionado.

—Les hace *mal de ojo* á los que le tocan.

—Estoy seguro que es Quiroga y Vidaurri, caen en sus manos cuando menos lo piensen.

—Si con farol buscan otro más terco, no lo encuentran.

—Acuérdese usted lo que voy á decirle: dentro de poco lo vemos en el palacio de México, con el mismo fraque y el mismo sombrero que sacó el 31 de Mayo.

—Ya lo creo, como que los franceses le tienen más miedo á la casaca negra que á un óbus de á treinta y seis.

—¿Y será cierto lo de los yankees?

—Amigo, el presidente se dejará matar, antes que comprometerse con los extranjeros: ya se empeñó en que hemos de ganar, y ello ha de ser quiera Dios ó no quiera.

—¿Y á usted le gusta el imperio, niña Guadalupe?

—Mi abuelita, respondió la joven, me contaba cuentos bonitos, en que había palacios, damas y caballeros, riqueza y príncipes, que me ha hecho pensar muchas veces en la monarquía.

El capitán Martínez soltó una franca carcajada.

—Como que tú has nacido para un emperador, alma mía, dijo á la joven.

—Tengo mucho deseo de ver á un rey.

—Eso me pasa siempre á mí, siempre que juego; pero siempre vienen primero los *caballos*, es mala carta.

—Se me figura, continuó Guadalupe, que no son como los demás hombres, que hablan muy poco y que siempre están sobre el trono.

—Eso depende, dijo el capitán, de que tú lo has visto nada más en el teatro.

—Es cierto, ese rey de Ana Bolena era cruelísimo, mandó matar á todas sus mujeres.

—No tenía mal gusto su majestad.

—¿Con que usted en resumidas cuentas es intervencionista?

—No, respondió Guadalupe, yo no quiero á los franceses; pero desearía que el señor Juárez se hiciera emperador.

—Estás diciendo un sacrilegio; si te oyera *Don Benito*, se reiría seis días seguidos.

—Puede ser, pero el barullo de este gobierno no gusta. En Ario he visto que han descalabrado al alcalde en las elecciones, y que un cervecero se hizo nombrar regidor, y eso que su cerveza nunca estaba fermentada.

—Pues esa es la democracia, la igualdad: ¿qué más de hacer escritos, poner recetas, que fabricar cerveza sin espuma?

Yo creo que la gente decente siempre es superior.

--Calla, Guadalupe, no ves que si eso fuera cierto, los que no son *decentes* serían esclavos de los señores.

--Pues yo quiero que cada uno se esté en lo que nació.

Todo el mundo debe tener aspiraciones, aunque lo descalabren como al alcalde de Ario.

XVII

El sol había desaparecido en el ocaso, cuando nuestros viajeros llegaban al pueblo de.....

Un indio que llevaba a sus espaldas un tercio de leña se detuvo frente a la cabalgata.

--Padrecito, dijo al guerrillero, tú eres el capitán Martínez, no entres a la población, acaban de fusilar a tres zaragozas (republicanos) y si te conocen te van a matar; quédate en el monte y que entren los señores.

--¡Rayo! exclamó Martínez, esto si está malo, ¿y quién está en el pueblo?

--Los franceses, padrecito.

--¿Y qué tantos serán?

--Como muchos, padrecito.

--Yo entraré con la familia, dijo Quiñones, y usted, capitán, váyase por la vereda, mañana nos encontraremos.

--Entonces entren ustedes por este lado, estoy seguro que nadie reparará, voy a llamarles la atención.

XVIII.

Sin esperar respuesta tomó el rumbo opuesto, mientras Quiñones se aproximaba con la familia a la garita del pueblo.

A los diez minutos se comenzaron a oír unos tiros de mosquete.

--¡Diablo! dijo Quiñones, el capitán hace su saludo a los franceses.

La pequeña guarnición se puso sobre las armas y acudió al lugar de los balazos.

Como la noche había cerrado y el capitán hacía violentos sus disparos, los franceses creyeron que se acercaba alguna guerrilla y comenzaron a tirar al acaso, fingiendo por su parte un combate para darse los honores del triunfo y cosechar un ascenso ó una cruz de la *legión de honor*.

--Ya han de haber entrado dijo el capitán, y poniendo, al cinto sus pistolas se internó en el monte.

Los franceses tomaron prisioneros a unos labradores que volvían de su campo, y al día siguiente los juzgaban como guerrilleros en la Corte Marcial.

A los pocos días anunciaban los diarios de la capital, que el guerrillero Martínez había aparecido por el rumbo de la Tierra Caliente con una partida de bandoleros, inquietando a las poblaciones adictas al imperio.

CAPITULO QUINTO.

UNA LETRILLA DE GUILLERMO PRIETO.

I.

La revolución seguía avanzando como el flujo de un mar de sangre.

Los hombres más prominentes eran asesinados cobardemente, como Llave y Comonfort, ó vagaban proscritos huyendo de la traición que los entregaba atados en manos de los enemigos de la patria.

El personal del gobierno iba cediendo palmo a palmo el territorio, y los invasores le seguían de cerca para extinguir la antorcha de la legalidad y privar a la revolución trashumante de ese centro de unión que inquietaba el porvenir del imperio.

La declaración del archiduque Maximiliano de no aceptar la corona hasta que la mayoría del país se declarase en su favor, hizo más tenaz la lucha; pues cada pueblo conquistado era un voto en la ánfora de los notables, una firma más en la acta de 12 de Julio.

El diez de Abril de 864, el archiduque había recibido oficialmente a la diputación mexicana, que le presentó las actas de la mayoría de México, y declaró, que cumplidas las condiciones puestas el 3 de Octubre del año próximo pasado, aceptaba el trono de México y la reconstrucción del antiguo imperio de Moctezuma.